

El estandarte



Ante Dios Todopoderoso prestamos sagrado juramento de fidelidad y obediencia a Su Majestad, nuestro Serenísimo Príncipe y Señor, juramos obedecer a sus augustos generales y a todos nuestros superiores, honrarlos y protegerlos, cumplir sus órdenes y mandatos en todos los servicios, sea quien sea el enemigo y siempre que lo exija la voluntad de su Majestad Imperial y Real, por tierra y por mar, de día y de noche, en toda clase de batallas, asaltos y combates; juramos luchar con valentía y gallardía en todo lugar, momento y ocasión, no abandonar jamás nuestras tropas, cañones, banderas y estandartes...



En una fiesta, la primera fiesta grande en diez años después de terminada la guerra europea, convocada por los oficiales de todos los regimientos de caballería, estuve sentado a la mesa junto a un hombre todavía joven y extraordinariamente bien parecido, cuyo nombre se me escapó en el momento de la presentación, pero cuando más tarde pregunté me dijeron que se llamaba Menis y que era sobrino de uno de los generales presentes.

A mi otro lado estaba sentado, si mal no recuerdo, un conde de Meyendorff, y próximos a mí se encontraban los señores de Schriniski y Kreil, un tal barón Repnin y otras personas que no me interesaron mucho y a quienes apenas conocía. Era casual que todos ellos se hubieran agrupado alrededor de esta mesa, pues los tenientes y alféreces de los diversos regimientos, por ejemplo el de Limburg, el de Caraffa y el de Auersperg, así como los del mío, se hallaban entremezclados, dispuestos en el orden en que se habían sentado. Habían venido muchos oficiales más de lo previsto y la impresión que tenían los presentes al ver a tantos oficiales otra vez juntos, por primera vez desde la disolución del ejército austrohún-

garo, era muy rara y poderosa, un tanto sombría. En la cabecera, en una mesa dispuesta transversalmente, presidían, de paisano, dos archiduques, un mariscal de campo y varios generales, que eran quienes habían convocado a este ejército de jinetes; en varias mesas colocadas a lo largo estaban sentados, también de paisano, los oficiales de los diversos regimientos, o mejor dicho, los que todavía quedaban vivos; y entre las mesas y las paredes del salón, que reflejaban unas luces inciertas, tenía uno la fantástica sensación de que nos rodeara otra muchedumbre todavía más densa; la de aquellos que también habían acudido, aunque ya no podían venir; los desaparecidos y los muertos, un segundo ejército invisible, más glorioso todavía, más brillante y resplandeciente con sus uniformes y condecoraciones, que, pese a estar presente solo en espíritu, casi tendría más derecho a estar aquí que nosotros, porque el auténtico ejército no lo forman los que viven, sino los muertos.

También en los discursos de nuestros jefes de antaño podía oírse de nuevo el ruido de combates olvidados, el sonido de voces de mando enmudecidas mucho antes y el trepidar de los cascos de escuadrones ya desaparecidos; después se dejó que los reunidos se entregaran a conversaciones particulares. Sin embargo, pronto quedó agotado lo que unos y otros podían decirse. Habíamos estado separados demasiado tiempo. Así resultó que por fin pude dirigirme al hombre que se hallaba a mi lado, entonces todavía desconocido, y que fumaba cigarrillos; obviamente lo que conversamos también carecía de importancia, y no tuve de él otra impresión que la de un hombre muy cortés, bien vestido, de veintiocho a treinta años, cuya personalidad no tenía nada fuera de lo

común. Solo al levantar la mesa me dijeron cómo se llamaba y que había sido alférez y abanderado del regimiento de dragones María Isabel. Más tarde parece que había hecho un gran matrimonio y era, según ya he dicho, sobrino nieto del general de caballería Crenneville. Dirigí la mirada hacia este general en el preciso momento en que él, un vetusto señor menudo y flaco, se disponía a dejar la sala, apoyado en el brazo de mi antiguo coronel.

Me olvidé muy pronto de mi compañero de mesa y no lo volví a ver tampoco durante unos dos años, pero luego dio la casualidad de que nos encontráramos varias veces seguidas en reuniones sociales. En estas ocasiones conocí también a su mujer, una belleza auténtica de tez muy transparente y maravillosos ojos de un tono azul grisáceo. Hablaba poco y en general pude darme cuenta de que los dos, aunque juntos en sociedad durante horas, casi nunca se dirigían la palabra. Sin embargo tenían fama de ser lo que llamamos un matrimonio feliz. Tenían, según me dijeron, tres hijos, un varón y dos niñas.

Después también me encontré con Menis varias veces en la calle. En estas ocasiones intercambiábamos casi siempre algunas palabras sin importancia. Solo el último de nuestros encuentros iba a ser algo inusual y muy emocionante.

Tuvo lugar a fines de noviembre pasado, en las primeras horas de la tarde, en una calle poco transitada. Vi allí a un hombre correctamente vestido que, mientras yo avanzaba hacia él, estuvo conversando con un mendigo;

mejor dicho, según vi al aproximarme, con un inválido que tenía una pierna torcida y vendada, se apoyaba en muletas y, aunque vestido con ropa de paisano muy desgastada, llevaba varias medallas en el pecho. Estas medallas colgaban de unas cintas sucias y la cara del hombre tenía una expresión de extraña devastación, sin duda a causa de los nervios, que debían haber sufrido tanto como su cuerpo. Además debía tener frío, pues carecía de abrigo y el día era invernal. Me disponía a darle algún dinero, pero no lo hice porque estaba hablando con alguien y me hubiera parecido una falta de tacto no respetar la conversación, aun tratándose de un mendigo. Ya me decidía a seguir cuando el señor con quien conversaba se giró; reconocí entonces a Menis y me detuve para saludarlo.

Menis me pareció, cosa rara, muy cohibido. Yo ya me había quitado el sombrero, pero Menis en aquel momento se olvidó hasta de devolverme el saludo. Tuve la firme impresión de que le resultaba penoso verme, y su perplejidad era tal que después del primer momento de asombro llegué a compartirla, casi como si yo también tuviera que sentirme cohibido con nuestro encuentro. Nos miramos a la cara durante unos instantes y al fin, por decir algo y salir del paso, le pregunté cómo se encontraba. Mientras tanto mi mirada pasó de él al mendigo y de este a él y traté de seguir mi camino, pero Menis estaba detenido frente a mí y no se movió.

—¡Ah, eres tú!

Y al decir eso también él volvió presuroso sus ojos hacia el mendigo, pero los apartó en seguida y desvió la cabeza a otro lado; yo seguí su mirada. A pocos pasos de distancia estaba parado junto a la acera un coche con

las puertas abiertas. El chofer, de pie a su lado, nos miraba. Menis se volvió a dirigir a mí; parecía haber recuperado el dominio de sí mismo, pero a pesar de todo me preguntó:

— ¿Cómo te va? —Y añadió rápidamente—: Estoy paseando por aquí. Es decir, he venido hasta aquí en coche pero me bajé para... para seguir caminando.

¡Ah!, pensé, así que este coche es suyo. Pero él continuó:

—También quería... darle a este inválido... alguna limosna.

Mientras yo volvía a mirar al inválido se dirigió Menis al chofer y le dijo:

—Puede irse a casa.

Al mismo tiempo lo despidió con un ademán. El chofer se inclinó, cerró la puerta, subió luego al coche y cerró también la otra; puso el coche en marcha y se fue.

Era un coche sólido, muy nuevo, reluciente, de metal cromado y esmalte negro.

Cuando hubo desaparecido nos quedamos un momento todavía uno frente al otro, mientras el mendigo, inclinado hacia adelante y apoyado en sus muletas, nos miraba. En esto su cuerpo se meció un poco adelante y atrás y sus medallas produjeron un ligero sonido. ¿Será, pensé yo, que quieren decirse algo todavía? ¿Qué podrá ser? ¿Y sobre qué habrán estado hablando hasta hace un momento? Comoquiera que sea, yo me quitaba ya el sombrero para despedirme definitivamente cuando Menis me tomó del brazo, me apartó unos pasos del hombre y me dijo:

—Siempre les doy algo a los mendigos. Sobre todo a estos... estos inválidos. ¿Adónde vas? ¿Te hubiese po-

dido llevar en mi coche? ¡Qué lástima haberlo despedido! Pero no se me ocurrió. ¿O prefieres que nos vayamos a pie...? Si no te molesta, podemos dar un paseo juntos...

—¡Encantado! —dije yo—, ¡con mucho gusto! —pues me pareció que al acompañarme quería borrar la impresión de su extraño comportamiento—. Iba a ver a unos amigos, pero no tengo prisa... ¿Y a ti tampoco te interrumpo?

—De ninguna manera —dijo él—. Lo único que pensé de pronto es que podría parecerme raro que yo... con este mendigo... Es que como ya te he dicho, siempre les doy algo. —Mientras hablaba así seguía caminando por la calle sin soltarme del brazo, como si tuviera prisa por escapar de la vista del hombre de quien hablaba—. No hace falta que te lo explique —agregó—. Son unos pobres diablos, tan desgraciados...

Con eso quiso doblar la esquina a donde habíamos llegado, pero antes se volvió una vez más y yo hice lo mismo.

El mendigo había hecho un movimiento y miraba en nuestra dirección. Menis dobló la esquina con prisa. Solo después soltó mi brazo, hizo un gesto aliviado por haber perdido de vista a aquel hombre y continuó con rapidez:

—No tienes más que imaginarte lo que sufre esta gente estando ahí parados todo el día en medio del frío. Por no hablar de lo que han tenido que pasar hasta convertirse en mendigos. ¡Y pensar dónde tendrán que guarecerse por las noches! ¡Y de qué inmundicias tendrán que alimentarse! ¡Y tener que recoger colillas si quieren fumar! ¡Y la ropa que se ponen, una ropa que

ya nadie quiere! ¡Ser tan pobre que no pueda uno conservar siquiera la propia vida si los demás no le dan para vivir! ¡Sentirse uno tan diferente de los demás que a nadie le importa nada que reviente o no! ¡Estar allí de pie arrimados a las paredes de las casas sin que nadie les haga caso, y si no pueden aguantar más de pie, ponerse en cuclillas en la sucia acera, en medio del ruido del tráfico, y no ser nada más que un sucio harapo! ¡Y sin embargo antes les habían dicho que eran soldados de regimientos espléndidos! Como por ejemplo el regimiento de infantería Rey de España, o el regimiento de ulanos General Quien Sea, o como se llamaran todos aquellos cuyas banderas tenían a archiduquesas por madrinas. Por un botón en sus uniformes que no estuviera en regla se hacía pedir la degradación a un conde; eran, así se les dijo, el orgullo de un imperio; al final hizo falta movilizar todo un mundo contra ellos, y ahora ¿qué son? Sórdidos espectros en medio del barro de la calle, obstáculos en las esquinas, adefesios que asustan a los transeúntes, figuras lastimosas a quienes lo mejor que se les puede desear es la muerte. Es un escándalo que al menos los exoficiales no les demos todo cuanto podamos. Yo doy algo a cada uno, y les dirijo siempre unas cuantas palabras amables. Ya los conozco a todos. Por eso hablé un poco con el hombre de antes. Me contó en qué regimiento había servido y dónde había sido herido. ¿Tú lo comprendes, verdad?

—Sí, sí —le dije—. Claro.

Deseaba preguntarle, sin embargo, por qué le había resultado entonces tan desagradable que yo lo hubiera sorprendido. Pero me callé.

Entretanto habíamos llegado a la travesía de una calle

con mucho tráfico, en ese momento con el paso cerrado, así que tuvimos que esperar. Menis se calló, la mirada perdida. En ese momento surgió a nuestro lado una mendiga con un niño en brazos, una mujer joven todavía pero de aspecto miserable y abandonado que llevaba al niño envuelto en unos mugrientos harapos. Me extrañó que Menis, después de haberla mirado un instante, no le hiciera ningún caso. Yo le di una moneda. Él levantó la vista, y en ese momento se abrió el paso. Mientras atravesábamos la calzada, dijo Menis:

—Sin embargo, apenas se para uno en una esquina ya nos abordan los mendigos. Tengo que confesarte que a mí solo me interesan los de cierta clase, más que nada aquellos que acaban de convertirse en mendigos, pues son los únicos dignos de verdadera lástima, al menos mucho más que los que ya de niños han sido criados en la mendicidad. Conozco a algunos que de la mendicidad han hecho una profesión; por ejemplo, aquí muy cerca, al lado de la Ópera, hay un mozo que me resulta extraordinariamente antipático. No sé si está hoy, pues podría enseñártelo. Se ha fabricado un violín con una caja vieja de cigarros y un palo; y toca bastante bien, hay que reconocerlo, pero para tocar, aunque tiene todos los miembros derechos, se retuerce y contorsiona de tal modo que da asco. Seguro que solo finge tener algún defecto. Si no fuera todavía joven, no podría resistir a la larga semejante acrobacia. Estoy convencido de que portándose de un modo tan grotesco recibe muchas limosnas y tiene una situación mejor que si aceptara algún trabajo. Aquí lo tienes.

Vimos, en efecto, a cierta distancia, y en medio del tráfico, un hombre que tocaba el violín en una posición

inconcebiblemente incómoda, sosteniéndolo sobre sus rodillas de tal modo que estando de pie parecía sentado. El violín solo consistía, según pudimos comprobar al acercarnos, en un palo y una caja de cigarros. En ese momento tocaba «La Paloma» casi con virtuosismo, aunque solo tenía una o dos cuerdas. «La Paloma» es una canción muy melancólica; antes de ser fusilado, Maximiliano de México pidió que se la tocaran una vez más. Nosotros tuvimos hace tiempo una moza de cocina que la cantaba constantemente hasta que, por una contrariedad amorosa, se tiró al agua. Es una canción triste, en realidad. Pero a Menis no parecía afectarlo.

—Dios sabe —dijo— que hay músicos más pobres que este y que sin embargo tocan un violín auténtico. Esta caja de cigarros me fastidia muchísimo. Y mira con qué arrogancia ha puesto la gorra en medio de los transeúntes para que le echen las limosnas.

Yo no podía comprobar si el hombre fingía una enfermedad o no, pero lo cierto es que tenía un aspecto miserable.

—Pero eso es cosa de su profesión —dijo Menis—, tener un aspecto miserable. Seguro que no come, aunque gana bastante para comer. Entre esta gente hay muchos más simuladores que lisiados auténticos. También están los que tienen una herida auténtica pero la exageran de forma desmedida. Por ejemplo, un poco más arriba hay uno que no se levanta del suelo, como si no pudiera tenerse en pie. Pero cuando ha reunido suficientes limosnas, se levanta sin más y se va a casa. Ya lo he visto unas cuantas veces marcharse rápido y más tieso que un palo. No le pasa nada en las piernas. Solo tiene una herida en la cabeza. Te lo enseñaré.

¡Solo una herida en la cabeza!, pensé.

—Y cuando mendiga —siguió diciendo Menis— pone cara de mendigo, pero cuando se va a casa recupera su expresión habitual, que trasluce la arrogancia de un actor después de la representación.

Dobló por un callejón lateral y en seguida pasamos por delante de ese hombre, tendido en el pavimento, más que sentado, como un montón de miseria. En la cabeza llevaba un objeto curvo, niquelado, resplandeciente, una especie de casco metálico con acolchado de piel, y tenía el brazo derecho entablillado con el mismo material. Aunque fingiera que no podía tenerse en pie, el hecho de que hubiera perdido un pedazo de la parte superior de la cabeza, seguramente por el impacto de un proyectil de artillería, me pareció suficientemente horroroso. A través del ruido del tráfico me pareció oír el espantoso aullido del obús que lo hirió.

—Pero uno no exhibe así sus heridas —dijo Menis mientras nos alejábamos—. No se debe asustar a la gente con este espectáculo para conseguir limosnas. Nadie que haya sido un buen soldado lo haría. Uno no se expone a sí mismo de esa manera. El hombre se podría cubrir la cabeza con un pañuelo o llevar sombrero. No hay nada más repugnante que esos pesados. También están los que de golpe aparecen a tu lado cuando vas andando y no te sueltan hasta que les has dado algo. O los que se te acercan corriendo con cordones de zapatos en la mano. O los que cantan en los tranvías y lo hacen tan mal que se les nota lo poco que se esfuerzan. Pero ya casi solo se ven miserables que han convertido su miseria en una industria. Ellos desacreditan a los pobres de verdad. Pobres de verdad, mendigos trágicos,

son, como ya te dije, solo aquellos que antes han sido algo muy diferente, sobre todo los soldados. En nuestra época y en nuestro país no hay figura más trágica que el soldado mendicante. En cierto sentido, cada soldado que ya no puede seguir siéndolo se ha convertido en un mendigo, sea pobre o rico.

Confieso que comenzaba a hartarme de aquella inspección de los mendigos que no agradaban a Menis. Yo siempre les había dado algo a los pobres sin romperme la cabeza pensando si tenían o no derecho a mendigar. Menis, en cambio, se había formado un sistema acerca de a quién dar limosnas. Tiene fortuna, pensé yo, poco que hacer, y se entretiene en criticar mendigos como otro coleccionando objetos. Es su manía. No es un benefactor, sino que sale a poner defectos a los más pobres. Hubiera podido elegir otro entretenimiento, y demostraría mejor gusto.

Me había caído simpático, pero ahora me estaba decepcionando. Me detuve y le dije que tenía que seguir mi camino, pero me di cuenta de que no me escuchaba. Entre tanto habíamos llegado cerca del palacio imperial. Al pararme yo, Menis también se detuvo, pero evidentemente por otra razón. Vi que tenía la vista clavada en un hombre que se hallaba al lado del portalón de uno de los pabellones. Era otro mendigo, pero esta vez vestido decentemente. Llevaba puesto un uniforme y sobre los ojos una cinta negra. A su lado había una niña pequeña y flaca, de ocho o nueve años, que lo llevaba de la mano. El hombre era ciego.

Miré a Menis furtivamente, y luego repetí que tenía que irme. No deseaba en modo alguno oírle criticar a aquel ciego. Pero él seguía sin escucharme.

—Un momento —dijo al fin, sin apartar los ojos, que tenía clavados en el ciego—, un momento. Tengo que hablar a aquel hombre, que posiblemente sea incluso de mi propio regimiento.

Volví a mirar al mendigo y Menis dio unos pasos hacia él.

—No lo reconozco —dijo—, aunque los conozco a todos. —Y al decir esto ya se hallaba frente a él.

En efecto, el ciego llevaba el uniforme de cabo de un regimiento de dragones. Sobre su hombro izquierdo una charretera de trencilla amarilla indicaba que había sido jinete. El uniforme estaba muy limpio, llevaba botas altas con espuelas y en la cabeza el quepis sin visera de la caballería. Debajo una cinta le cubría los ojos. Tenía en el cuello el distintivo negro con las dos estrellas cosidas que indicaban su grado.

—¿Qué regimiento? —preguntó Menis.

Había dos regimientos de dragones de color negro que solo se distinguían uno del otro por el metal de sus botones. Pero el botón de esmalte gris de la charretera del hombro del cabo no indicaba nada.

El hombre no comprendió enseguida que alguien a quien no veía le preguntaba por su regimiento. Menis tuvo que repetir su pregunta.

—El regimiento de dragones María Isabel —dijo el hombre.

La niña que lo llevaba de la mano nos miró con los ojos muy abiertos, tal vez intimidada por la voz de mando con que Menis había repetido su pregunta.

Cuando el ciego nombró el regimiento, dije:

—¡En efecto! —y quise añadir dirigiéndome a Menis—: Tu regimiento.

Pero él me cortó la palabra con un gesto.

—¿Cómo se llama? —preguntó al cabo.

—Johann Lott —contestó.

Miré a Menis pero no pude distinguir si lo conocía o no.

—¿Ha perdido usted la vista? —preguntó.

—Sí.

—¿En la guerra?

—Sí.

—¿Por completo?

—Sí, por completo.

—¿Cómo es posible entonces —preguntó Menis después de un instante— que se vea usted en la necesidad de mendigar? En su caso se recibe una renta que permite vivir sin dificultades.

El cabo vaciló un momento y luego preguntó:

—¿Puedo saber quién es el señor?

—No se preocupe usted por eso —dijo Menis presuroso—. Tenga la seguridad de que no es mi intención interrogarle. Solo pregunto por simpatía.

—¿Acaso no cree usted que estoy ciego de veras?

—¡Cómo no! —dijo Menis.

Pero el hombre, con un movimiento muy rápido, se había levantado ya la cinta. No tenía ojos.

—Deje eso —se estremeció Menis—; ya le dije que lo creía —se había puesto pálido—. ¿Cómo —seguía gritando nervioso—, cómo demonios está usted aquí mendigando?

El cabo se ajustó la cinta y luego dijo:

—No pido limosna para mí. Pero tengo parientes tan pobres que yo, con la renta que recibo, soy el que está mejor de todos ellos. También les doy todo el

dinero que puedo; pero ahora mi hermana, la madre de esta niña, ha caído enferma y yo me hago conducir a la calle por la pequeña para llevar algún dinero a casa. A un ciego siempre le dan. También me puse el uniforme, pues ahora está permitido llevarlo otra vez. Creía que cuando la gente me viera así se daría cuenta de que tengo alguna razón para mendigar y me darían algo.

La escena me resultaba más que penosa. Encontraba repugnante por parte de Menis haberla provocado con su manía de conversar con todos los mendigos. Al menos tenía la satisfacción de verlo ahora tan conmovido. Le habían palidecido hasta los labios. Sin embargo, no comprendía por qué no le daba algún dinero al hombre y se marchaba, en vez de quedarse ahí parado mirándolo fijamente. Hasta la niña estaba asustadísima por su manera de gritarle al ciego.

—¿No había en su regimiento —pregunté yo al fin impulsado por mi enojo—, no había allá un abanderado apellidado Menis?

En ese mismo momento sentí que mi acompañante me tomaba del brazo con violencia, como si quisiera impedirme seguir hablando. Pero el cabo contestaba ya:

—¿Menis? Sí. Estuvo con nosotros un abanderado Menis, aunque solo pocos días.

—¿Cómo?

—Había llegado de otro regimiento y estuvo con nosotros poco tiempo, es decir, hasta que yo resulté herido... Pero entonces se terminó todo.

—¿Pero usted llegó a verlo?

—Sí —dijo. Y yo estaba a punto de añadir: «Bueno, aquí lo tiene frente a usted», cuando el ciego conti-

nuó—: Sí, lo vi. Hasta puedo decir que fue lo último que vi en el mundo.

El efecto que estas palabras produjeron en Menis fue extraordinario. Parecía en realidad que solo ahora reconocía al ciego. La cara se le había puesto blanca como la nieve y sus ojos parecían estar viendo un fantasma. También yo, muy confuso, tartamudeé:

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Fue en los puentes sobre el Danubio, cerca de Belgrado —dijo el ciego—. Los regimientos tenían que pasar, pero en medio de los puentes se detuvieron y empezaron a hacerse fuego entre sí. El abanderado, el conde Von Heister, cayó y yo recogí el estandarte. Entonces, en medio del fuego, entre la confusión de las personas y los caballos que caían y se revolcaban sobre el puente, se acercó al galope el coronel y me ordenó entregar el estandarte al abanderado Menis. Yo se lo presenté, pero apenas lo hubo tomado, un disparo de fusil de costado me atravesó los ojos y me derribó del caballo. Así que lo último que vi fue el abanderado y el estandarte.

De un tirón se abrió Menis el abrigo y, tras sacar con ambas manos dinero de los bolsillos de su traje —evidentemente todo el que llevaba encima, pues había cierta cantidad de billetes grandes—, lo puso todo en manos del ciego; luego se marchó, arrastrándome consigo. Me había cogido por un hombro y corría conmigo, más que andaba, calle abajo, y luego dobló por una vía lateral. Los labios le temblaban sin parar.

—Tengo que hablarte —balbuceó—. Quiero explicártelo todo. ¿Tienes un cigarrillo?

Le di uno, pero él, que seguía corriendo, no consiguió

encenderlo. Finalmente lo obligué a detenerse y le di fuego. Tenía la cara toda cubierta de gotitas de sudor.

—Tenemos que meternos en alguna parte —balbuceó— donde pueda hablar contigo.

Miró a su alrededor: nos hallábamos delante de la puerta de un cafeticho; la abrió de golpe, vio que estaba lleno de gente, volvió a cerrarla y siguió corriendo. Unas casas más allá entró en otro café y dio media vuelta enseguida para huir de nuevo, pero yo le rogué que se calmara.

—Tú no lo comprendes —prorrumpió—. Es imposible que lo comprendas hasta que te lo haya explicado.

A pesar de todo conseguí que se tranquilizara un poco. Se pasó la manga por la frente y parecía hacer un gran esfuerzo por dominarse. Al cabo de unos minutos habíamos llegado a la plaza del Mercado Nuevo y él la atravesó en dirección al hotel Ambassador, donde entró. El vestíbulo del hotel estaba vacío. Pasó corriendo al lado de los empleados, se dirigió a una mesa del fondo del vestíbulo rodeada de algunos sillones, tiró el sombrero y llamó a un mozo. Luego se dejó caer en un sillón.

—Hazme el favor de sentarte —dijo—. Necesito tomar algo inmediatamente. Me harás el favor de pagarlo, pues me parece... —y rebuscaba en sus bolsillos— que no me queda más dinero.

Se levantó, se quitó el abrigo y golpeó insistentemente con las manos en los brazos del sillón. Seguía muy pálido. Vino un mozo y él pidió dos copas de coñac. Yo volví a ofrecerle cigarrillos.

—Tienes que comprenderme bien —dijo, mientras comenzaba de nuevo a despilfarrar fósforos—. Ese interés mío por los mendigos no es cierto. No me interesan

nada. Los únicos que me importan son los que vienen de la guerra. Simplemente no puedo librarme de ella. Tampoco creo que la guerra haya terminado de veras. Esta guerra aún continúa. Continúa para todos los que han participado en ella y ahora tienen que mendigar en la calle. También sigue dentro de mí. Incluso creo que para mí empezó solamente una vez que hubo terminado. Antes no la entendía. Solo cuando ya no hubo guerra empecé a comprenderla.

El mozo volvió con el coñac. Menis vació un vaso de un trago y pidió otro enseguida. Entretanto yo le ofrecí el mío. Lo vació y al fin parecía un poco más repuesto.

—Me casé —dijo— cuando terminó la guerra y mi matrimonio se considera feliz; tengo hijos y los quiero; también sigo queriendo a mi mujer; pero a veces me da la sensación de que no la he querido nunca. Tal vez solo me casé porque ella era lo único que quedó cuando ya no quedaba nada más. Nada de todo aquello que no me abandona nunca, aunque ya no existe; lo que seguirá siendo para mí aunque hace mucho tiempo que se ha terminado, lo que es más real que la realidad existente. Tienes que comprenderme. ¡Escúchame!

El vestíbulo estaba vacío; solo de vez en cuando pasaba alguien, un empleado del hotel o alguna otra persona, que no nos molestaba. Una lámpara con pantalla oscura iluminaba los sillones de seda, la tapa de vidrio de la mesa, los adornos de bronce de la chimenea. El humo de nuestros cigarrillos se deshacía como velos a través del ambiente en penumbra. El ruido de la calle llegaba muy amortiguado. Por lo demás, todo aquí era silencio, y él me contó su historia.